

amigo de.... Es viudo, no muy delicado, y esa montañesa.... ¿pero en quién diablos has ido á fijar tu atención, hombre? A la hija debías haber mirado. ¡Esa sí que es bonita y bien educada!

—No he podido ver su rostro.

—¿Por qué te has separado?

—Por discreción. Podrís tener que hablar reservadamente.

—¡Qué lástima! Hubiera querido presentarte á ellos; pero aun tardará el vapor algunos minutos en salir. Subamos á bordo.

Rehusé, porque Pérez hubiese podido reconocerme y me hubiese visto en un apuro para explicar mi escapada del año anterior. Además tuve mucho miedo de volver á caer en mi locura. ¡Me había turbado tanto el nombre y el fantasma de aquella Manuela! Por verla, en otro tiempo había andado treinta leguas por entre rocas, torrentes y abismos.... y ahora estaba allí y no me atrevía á dar un paso para conocerla.

La verdad es que Pérez, aquel hombre que viajaba descaradamente con su hija y su querida, me era cada vez más odioso.

—¿Dónde van?—pregunté á mi padre con indiferencia.

—Van á hacer un viaje de recreo—me respon-

dió.—Creo que piensan dar la vuelta á España y que volverán por Gibraltar, á menos que no se detengan algún tiempo en Cádiz. No sé si serán ricos, pero se divierten en grande.

—¡Que les aproveche!—pensé.

Sin embargo, no podía alejarme de allí. Mis miradas estaban fijas en la toldilla de aquel barco donde había visto entrar á las dos mujeres.

Por fin dieron la señal de partida, y cuando el barco comenzó á agitar sus ruedas, vi á Pérez que saludaba á mi padre, y á su hija que acudía al puente para decirle adiós también. Había levantado su velo y me pareció bella como un ángel, pero el viento llevaba hacia ella el humo del vapor; una nube la envolvió, y ya no la vi más que como una sombra ligera que se fué borrando poco á poco. No conservé de sus facciones más que una viva impresión, pero no un recuerdo bastante claro para que pudiese evocar su imagen en mis sueños.

### III.

Volví para tomar órdenes de mi madre, que me había dado varios encargos. Había salido con mi

hermana hacía un minuto. El mozo del hotel me indicó la dirección que habían seguido, y me reuní á ellas al final de la calle.

—Vamos al cementerio—dijo mi madre.—¿Quieres venir con nosotras?

—¿Por qué no? Es lo único que no he visto.

Y las seguí.

Mi madre parecía conocer perfectamente el plano de aquel inmenso jardín de los muertos. Se dirigió á un bosque de cipreses, y cogiendo á Juana de la mano le dijo:

—Hija mía, quiero que reces conmigo sobre la tumba de mi amiga más querida. No la has conocido; pero si viviese, la amarías tiernamente y ella á tí también. Ruega á Dios que permita á su alma que te bendiga.

Ambas se arrodillaron ante un pequeño mausoleo, muy sencillo, sobre el cual se leían estas palabras:

«Á la memoria de Fanny Ellingston, Marquesa de Mauville, muerta en Burdeos el 12 de Junio de 1825.»

Aquel nombre de Mauville, que mi madre había pronunciado varias veces delante de mí, era el del castillo donde había sido educada. Su padre había sido administrador de aquella propiedad, y ella

había recibido una educación tan completa como las hijas de la casa. Allí había sido íntima amiga de la Marquesa, que murió muy joven y sin hijos, y allí también había conocido á mi padre, que había sido llevado de los Pirineos por el Marqués de Mauville para cuidar un considerable rebaño de carneros de España. Su matrimonio había sido censurado por los dueños del castillo, que encontraban á Juan Bielsa demasiado pobre y demasiado inferior por su educación, Juan Bielsa, á quien llamaban entonces por su apodo español *Moreno*, herido de su desprecio, los había dejado, llevándose á su mujer para entregarse á un comercio en pequeño en que no había prosperado.

Esto era todo lo que yo sabía del pasado de mis padres, y al volver del cementerio pregunté á mi madre por aquella amiga querida sobre cuya tumba acababa de verla llorar.

—Fanny Ellingston—nos dijo—era una huérfana, inglesa pariente de la entonces Marquesa viuda de Mauville, que era inglesa también. Fanny, que era de mi edad, fué recogida desde su infancia por esta dama y se educó conmigo. No poseía nada en el mundo; pero era bella, inteligente y sumamente bondadosa. Nos queríamos como dos hermanas, prefiriéndonos la una á la otra á las

hijas de la Marquesa, viuda y sobre todo al joven Marqués, cuyo carácter imperioso y turbulento nos asustaba. Sin embargo, llegó un día en que este joven Marqués se casó con Fanny, haciéndola Marquesa de Mauville, á pesar de la oposición de su madre. Amaba mucho á mi amiga y se hizo amar de ella, que sin embargo le seguía temiendo todavía. Él era muy violento y no fueron muy felices. Quizá se hubiesen entendido mejor más tarde; pero Fanny cayó mala en Burdeos y tuve el dolor de verla espirar en mis brazos, pues aunque ya estaba casada y muy próxima á dar á luz á Juana, me llamó á su lado y no vacilé un momento en acudir.

Miré á Juana que escuchaba esta historia con ávida emoción. Lo que nuestra madre acababa de decir desmentía claramente la novela que me había contado sobre su pretendido nacimiento misterioso.

Quise insistir para que se convenciese de su error.

—De modo—dije á mi madre—que en medio de ese gran dolor diste á luz á Juana.

—Precisamente. Nació pocos días después, y la llegada de esta niña me consoló, pues no hay cariño comparable al que se tiene por los hijos.

Juana abrazó á mi madre con ternura. No sé por qué me pareció que no era aquel el arranque

de alegría que hubiese debido tener al reconocer que aquello que me dijo un día eran locas quimeras. Entonces á mí mismo me exaltaron no sé qué dudas que al momento quise poner en claro.

—Todo eso me hace pensar—dije á mi madre—que pronto voy á necesitar mi acta de nacimiento para ser inscrito en la escuela de Montpellier. ¿Quieres que vaya por ella á la alcaldía, puesto que he nacido aquí?

—Es inútil—respondió mi madre;—las copias de vuestras actas de nacimiento están en nuestra casa de Pau, y las tendréis en cuanto tengáis necesidad de ellas.

En efecto, cuando volvimos á Pau, mi madre me enseñó aquellas actas y yo hice por que Juana viese la suya. Estaba inscrita como hija nacida en legítimo matrimonio de Adela Moessart, costurera, y de Juan Bielsa, comerciante en Burdeos, el 15 de Junio de 1825.

—Ya ves—dije á mi hermana cuando estuvimos solos—que tienes una cabecita muy dura y que tenía razón para burlarme de tí.

—Entonces—respondió—¿crees que he mentado?

—No, te has equivocado, tomando tus sueños por realidades.

—Podrás decir lo que quieras—exclamó Juana con aquel fuego súbito que atravesaba por momentos su acostumbrada languidez — pero yo no soy hija ni de Juan Bielsa ni de Adela Moessart. Soy una extraña, hija de otra raza y de otra naturaleza; no soy tu hermana y eres libre para retirarme tu afección. He vivido más que tú en esta casa y he sorprendido palabras y conversaciones que tú no has podido oír. No estoy loca ni miento, ni tampoco tengo nada de romántica. Mi madre ha muerto, y mi padre no es el Marqués de Mauville.

Juana no me permitió combatir esta nueva versión que tendía á probar que era hija ilegítima de la Marquesa, y fué á encerrarse en su habitación. Después me fué imposible hablarla, porque siempre me impuso silencio con una energía singular, y ¡cosa extraña! desde entonces perdí, al menos en apariencia, el ascendiente que tenía sobre ella. Se encerró conmigo en una extrema reserva y evitó toda ocasión de que estuviésemos solos.

¿Debía revelar á mi madre la idea fija de aquella pobre niña? No me atreví; mi pobre madre no gozaba una dicha sin nubes, pues su marido, casi siempre ausente, la dejaba toda la responsabilidad del hogar y de la familia, siguiendo con obstinación en aquellos negocios que ella no aprobaba,

temiendo siempre la deshonra y el castigo que le impondrían si llegaban á descubrirle. Además, amaba á Juana más que á mí, y yo lo encontraba natural, pues tenía más necesidad de solicitud, de cuidado y de dirección; aceptaba sus excentricidades con una indulgencia á toda prueba; ¿debía, pues, decirle que mi hermana me parecía un poco trastornada? No.

Por otra parte, Juana estaba en esa edad en que las jóvenes suelen ser excéntricas; en esa edad en que sufren una crisis, tanto en el desarrollo intelectual como en el físico.

Creí que la vida del convento había sobreexcitado su imaginación, y esperé que se calmaría al lado de mi madre, tan buena y tan paciente.

En efecto, cuando la volví á ver después de haber estudiado mi primer año de medicina, la encontré muy cambiada. Estaba aún más bella, y su salud, antes delicada, se había fortalecido. Estudiaba mucho para llegar á ser una persona instruída, y un nuevo talento se había revelado en ella de pronto: tocaba el piano de una manera admirable; era una consumada artista. Yo había sido siempre apasionado por la música, y tocaba un poco el violín; así es que experimenté un gran placer al oír á mi hermana, y la prometí estudiar

yo también, á fin de poder tocar duos con ella.

Vivíamos muy agradablemente, á pesar de lo cual oímos con placer que íbamos á ir á tomar nuestro oficio de posaderos en la venta del monte Bergouz. Mi madre tenía mucho empeño en hacer prosperar aquel establecimiento, esperando sin duda hacer que mi padre se retirase de su industria oculta, considerando suficiente el producto anual de este establecimiento ó de algún otro más importante del mismo género que pudiésemos poner.

Pero al acabar aquel verano conoció que aquello no era un sitio conveniente para vivir Juana, que era ya una joven encantadora que llamaba la atención. Desde entonces nadie fué á nuestra casa para ascender al pico Bergouz, sino que esto sirvió de pretexto para ver á la señorita Bielsa y tratar de hablar con ella. No pensaban que la hija de un posadero, por bien educada y buena que fuese, pudiese resistir á ofrecimientos brillantes. Nosotros nos ocupábamos en interceptar y quemar las cartas de amor que le dirigían. Mi madre declaró que no volvería á San Juan de Luz, y su marido, queriendo darle gusto, alquiló la casa por tres años.

Juana se alegró mucho de esta decisión, porque aunque al parecer había aceptado siempre con

gusto aquella ocupación, empezaba á sentirse molestada por las indiscretas miradas de los que la perseguían, y sentía además no poder satisfacer su pasión por la música en medio de aquellas montañas. En cuanto á mí, que quedaba libre para seguir haciendo en las vacaciones aquella vida de campesino que tanto me agradaba, celebré no tener que seguir ejerciendo el oficio de gendarme alrededor de la casa. Por otra parte, desde la aventura de Panticosa, en que tanto me avergoncé de mi romántica pasión, ya no me atraía tan poderosamente esta región de los Pirineos.

Pensaba yo que no tenía derecho á alarmarme de las manías que había creído ver en mi hermana, puesto que yo mismo había estado maniático un año entero, ¿y estaba bien curado de aquella especie de locura? No, aun no. Cierto que no me sentía ya agitado hasta el punto de descuidar el estudio; pero el pensamiento de aquella Manuela que había vuelto á reaparecer ante mis ojos con todas las primeras ilusiones, me perseguía aún, á pesar de que procuraba desecharle colocando entre ella y yo la repulsiva imagen de su padre. Sin embargo, ella no tenía la culpa, y quizá se encontraba muy humillada y muy desgraciada; quizá no tenía yo más que decir una sola palabra para que

aceptase la idea de dejarle..... ¡La había amado tanto antes de mi decepción, y es tan difícil desecher una idea con que se ha vivido un año!

Sin embargo, no hice nada por saber lo que había sido de Manuela. Quería antes que todo ser médico y tener una carrera con que sostener á mi madre y á mi hermana si los negocios de mi padre iban mal. Además, amaba á la ciencia y me entregaba á ella por completo, diciéndome que, después de todo, mi quimera amorosa me había sido útil, puesto que me había preservado de los ciegos arrebatos de la primera juventud.

Algunos meses más tarde, mi madre, que me escribía á menudo cartas muy largas, me hizo saber que Juana había sido pedida en matrimonio por un joven abogado que parecía muy buen partido y que era persona muy agradable, pero que mi hermana había rehusado, encontrándose demasiado joven y queriendo continuar sin preocupaciones el estudio de la música, que era su única pasión. «Bien es verdad, añadía mi madre, que hace grandísimos progresos y revela dotes sorprendentes, de una manera tan notable, que no me atrevo á demostrar mi admiración, porque temo verla aún más apasionada y que esa pasión llegue á quebrantar su ya delicada salud, sumergiéndola

continuamente en el éxtasis en que ahora cae algunos momentos. Ya ves que sigue siendo lo que tú llamas excéntrica. Yo la considero excepcional, lo cual es muy diferente. A Dios gracias, cada día está mejor y más hermosa, pues velo por ella y la dirijo con bastante acierto para que siga un buen régimen, porque á ella no hay que pedirle que se ocupe de sí misma.»

Juana, cuyo talento empezaba á notarse á pesar de la vida modesta y escondida, por decirlo así, que había llevado con su madre, fué de nuevo y muchas veces solicitada en matrimonio, pero siempre rehusó. Ya no decía como antes que no quería casarse nunca; pero mi madre temía que hubiese formado en su interior esa resolución. Yo no me inquietaba. ¡Era aún tan niña mi hermana!

En la escuela de Montpellier me encontraba tan dichoso como podía estarlo lejos de mi familia: veía á ésta todos los años en las vacaciones, y mi padre pasaba algunos días con nosotros por aquella época; una vez me propuso llevarme á París, donde tenía precisión de ir. Acepté apresuradamente, y aunque mi madre se asustó al ver que iba á abordar los peligros de lo que en el fondo de nuestras timidas provincias llaman aún la *gran Babilonia*, convino conmigo en que había ganado con mis

estudios y mi buena conducta cualquier premio que pudiera servir al mismo tiempo para mi desarrollo intelectual. Una circunstancia particular me hacía aquel viaje aun más agradable. En Montpellier me había hecho amigo de un muchacho de clara inteligencia y excelente corazón. Se llamaba Medard Vianne, y era dos años mayor que yo. Podría, pues, guiar mi inexperiencia; viviríamos juntos, lo cual vendría muy bien á mi padre, que no tenía costumbre de hacer el papel de vigilante.

Vianne vino á buscarme á Pau, y mi madre le invitó á comer. Mi amigo la fué muy simpático y la inspiró tal confianza que me entregó á sus cuidados, haciéndole mil recomendaciones como si yo hubiese sido un niño.

En cuanto Vianne vió á mi hermana, quedó prendado de su belleza. Como Juana hablaba tan poco, era difícil saber en qué pensaba, ni si pensaba en algo; pero se prestó á tocar algo al piano y su genio se reveló. Yo mismo me exalté como nunca, y cuando terminó la pieza cogí sus dos manos y las besé con entusiasmo.

—¡Gracias, gracias!—le dije;—me has hecho pasar uno de los ratos más felices de mi vida.

Vianne estaba tan conmovido, que no pudo hablar. Estaba muy pálido, así como mi hermana,

que no levantó los ojos ni hacia él ni hacia mí y fué á sentarse al lado de la ventana, sin parecer acordarse de que había producido ó sentido emoción.

Al día siguiente, cuando la diligencia nos llevaba á Paris, y siguiendo sus costumbres de viaje mi padre dormía profundamente, mi amigo me habló de Juana con cierta vivacidad impropia de su carácter.

—Ten cuidado—le dije. —Es un ángel, y tú eres demasiado joven para el matrimonio.

—Hoy soy demasiado joven—me contestó.—Dentro de un año, seré médico. Tengo alguna fortuna; ya sabes que no soy malo....

—Como que eres muy bueno. Por mi parte aceptaría con gozo; pero ¡cuántas conveniencias hay que guardar para que un matrimonio se haga sin tropiezos! Tú perteneces á la antigua nobleza de Montpellier, y nosotros somos unos ricos de ayer. En mi infancia he jugado por las calles de Pau con los chicos de los pobres: tú tienes una fortuna clara y asegurada, mientras que nosotros.... quizá no tenemos nada. Ese hombre excelente y cariñoso que duerme á tu lado, gana mucho dinero; pero he descubierto que hace dos ó tres años juega á la Bolsa, y cualquier día podemos perderlo todo.

—Todo eso me es por completo indiferente—respondió Vianne—y hasta desearía que tu hermana no tuviese nada en el mundo y fuese aún más plebeya de nacimiento, porque así y todo aun sería muy superior á mí y valdría mucho más que yo.

—Me extraña oírte hablar así—le dije algo sorprendido.—Te creía más positivista, y te felicito al ver que me he equivocado.

—Si me supones romántico—replicó—rechazo tu cumplimiento. Creo estar en la lógica estricta de las cosas no pidiendo á mi futura mujer más que me agrade, y me parece que la opinión de los calculistas y de las gentes que tienen preocupaciones, es un obstáculo del que las personas sensatas no deben hacer caso. No haré en mi vida lo que yo crea que es una calaverada; pero seré el solo juez de mi conducta, y quizá lo que el vulgo llame locura, me parecerá á mí la cosa más natural del mundo. Por ejemplo, nunca una mujer, por seductora que sea, me llevará donde no quiera ir; pero si tiene verdadero mérito, hará de mí lo que quiera.

París me interesó mucho, aunque fingiese verle con ese desdén que los ricos de provincia afectan por la capital. Vianne me le enseñó muy bien, y

supo combatir y vencer mis preocupaciones provinciales. Supo también criticar y afear á mis ojos el lado corrompido é insensato de esta gran población. Así que si nuestra conducta no fué de anacoretas, nos defendimos bien contra los atractivos del vicio, haciendo reflexiones filosóficas, y abandonamos sin sentimiento las delicias de la gran ciudad al cabo de ocho días.

Durante nuestra estancia en París traté de vigilar á mi padre y me aseguré de su afición por el juego de la Bolsa. La mañana de nuestra marcha noté que debía haber sufrido alguna decepción, porque su rostro estaba ligeramente alterado. Nos condujo á la estación, y como allí fuese alguno á hablarle, nos dijo que le era imposible partir aquel día, pero que en aquella misma semana iría á Pau á reunirse con nosotros. Sin duda acababa de darle alguna buena noticia, porque su fisonomía se puso radiante de alegría, por lo cual le dejé sin inquietud.

Vianne pretextó algunos negocios en Pau para permanecer en él algunos días y visitar nuestra casa. Noté que cada vez se iba enamorando más de mi hermana, y creí prudente hablar de ello á mi madre.

—Háblale á Juana—me dijo;—porque si yo lo



hago, sería con demasiada solemnidad á pesar mío, y quizá se asustara; tú puedes decírselo bromeando, y averiguar si está verdaderamente resuelta á permanecer soltera.

Obedecí; pero Juana no pareció entenderme y me habló de otra cosa. Al cabo de algunas horas volví á traer esta conversación, y me contestó mi hermana:

—¿Quieres saber lo que me parece tu amigo? Pues que está muy bien educado y que es simpático. Puedes decirle que me gusta mucho.

—Tienes una manera de decir las cosas, que parece que te estás burlando.

—No. Creo que tu amigo merece la estimación y el cariño que tú tienes por él; pero ya sabes que á mí me son indiferentes las personas y tan sólo me ocupo de la música.

—Entonces, no querrás más que á tu viejo profesor, y será con él con quien te cases.

—No, es casado; y además, no pienso casarme: ¡mi amor no es de este mundo!

—¿Piensas aún en tomar el velo?

—No, quiero conservar mis cabellos.

—¿No eres ya devota?

—Mejor que eso; soy cristiana.

—Yo también soy cristiano..... ¿me riñes aún?

—No, ya no riño á nadie. ¿Has acabado de confesarme?

—Todavía no, querida mía, y puesto que te veo tan razonable, ¿por qué te imaginas que dejarías de ser artista al ser una buena madre de familia?

—Porque soy exclusiva y no me siento con fuerza para tener varias pasiones á la vez. Probablemente amaría á mi marido y adoraría á mis hijos. Presiento que abandonaría la música. Esas otras pasiones me harían tal vez muy desgraciada: ¡quién sabe lo que nos reserva el porvenir!..... mientras la música encanta y llena mi vida. ¿Por qué sacrificar lo cierto á lo desconocido? Pero basta de reflexiones y no me hables más de esto; es inútil.

Referí esta conversación á mi amigo Vianne, que partió algo triste, pero que no creyó por esto tener motivo para renunciar á toda esperanza.

—Si estás seguro de que no tiene otra afección — me dijo — esperaré.

—Tan seguro estoy — le respondí — que te doy mi palabra.

Volvió á Montpellier, donde vivía su familia, y ya estaba haciendo mis preparativos para ir á reunirme con él, cuando mi padre volvió de París muy enfermo, por lo cual permanecí á su lado y

llamé á un médico muy bueno, pero que no comprendió la gravedad de su mal. Conocía la fuerte constitución de mi padre y no creía que aquella afección pudiera tomar un carácter serio, ni aun duradero. Sin embargo, fué empeorando con una rapidez espantosa.

Mi padre no había tenido nunca disgustos. Una sola vez en su vida se había afectado vivamente al ver comprometido el dote de su mujer; pero muy pronto había conseguido reparar este tropiezo. Esta vez había tenido una pérdida más grave. Hombre positivo, no podía resignarse á perder la fortuna que había adquirido con tanto trabajo. Deseó la muerte, y murió. Fué éste un golpe terrible para mi madre, que con tanta ternura le había amado siempre, y un dolor inmenso para mí, que le quería muchísimo y que siempre había visto en él bondad y cariño. Juana también parecía desolada y lloró mucho. No sé si se obstinaria aún en no considerarle como su padre; pero le sintió verdaderamente y mostró una extremada sensibilidad que unió más nuestros corazones. Ocultamos nuestras lágrimas á nuestra pobre madre llorando á escondidas; pero lloramos juntos y nos prometimos amarnos aun más por haber perdido á aquel que nos había amado tanto.

Cuando tuvimos precisión de ocuparnos de la liquidación de nuestros asuntos, pudimos ver que mi padre había realizado un haber de trescientos mil francos; pero había querido llegar á ser millonario, y había expuesto y perdido cerca de las dos terceras partes de su capital. Lo que nos quedaba se componía de la casita que habitábamos en Pau, y que era nuestra, de la venta de los Pirineos, de algunos cupones y de unos cuantos créditos más ó menos seguros, entre ellos un préstamo hecho á Antonio Pérez, cuyo recibo me pareció que no ofrecía todas las garantías que eran de desear. Mi pobre padre, juzgando por la lealtad de sus sentimientos, había tenido confianza en aquel hombre que á mí no me inspiraba ninguna.

Esta deuda era de unos veinte mil francos, lo cual era algo para nosotros. Cuando ví que la resignación sucedía en nuestra casa al primer dolor, pensé que mi deber era ordenar nuestros asuntos de la mejor manera posible, é hice la firme intención de subvenir á mi pobre existencia en cuanto pudiese ejercer la medicina, y dejar mi parte de herencia á mi madre y á mi hermana.

Todo estuvo ordenado y liquidado en seguida, exceptuando los veinte mil francos de Pérez, que hice reclamar sin conseguir una respuesta clara y

precisa. Resultó de mis informaciones que Pérez estaba entonces en Pamplona. Consulté á un abogado, y llevando los papeles necesarios partí para España.

El deseo de ver á la verdadera Manuela no entró para nada en mi resolución. Bajo el golpe de la desgracia que acababa de herirnos, la había olvidado; pero al ver las torres y los campanarios de Pamplona, cierta inquietud nerviosa que me era bien conocida, se apoderó de mí como en otro tiempo.

—¿Qué es esto?—me dije, queriendo burlarme de mí mismo.—¿Acaso tengo tiempo ni humor para hacer aquí el colegial romántico?

Aquella inquietud aumentó y se complicó con fuertes latidos de corazón, cuando, después de haberme detenido á tomar un bocado en una venta, me dirigí hacia la fonda ó parador general, que era el más hermoso de la villa, y me había sido designado como en el que acostumbraba á estar Antonio Pérez.

Me sorprendí de la sonrisa con que el criado que salió á recibirme me dijo estas palabras:

—Está ausente.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace quince días.

—¿Por mucho tiempo?

—Indefinidamente.

—¿Se sabe dónde está?

—No, señor, nadie lo sabe.

Impacientado con este laconismo enfático, pedí que me dejaran hablar con el dueño del establecimiento, que era un hombre muy simpático que me examinó con temor.

—¿Antonio Pérez? ¿Le conocéis? ¿Sois amigo suyo?—me preguntó.

—Sí, le busco y necesito verle para un asunto que me interesa.

—No le encontraréis por aquí. Se ha..... marchado. ¿Quizás os debe dinero?

—¿Creéis que en ese caso no le encontraré en ninguna parte?

—Precisamente. A mí también me debe y sé que es dinero perdido.

—¿Está arruinado?

—¿Arruinado Antonio Pérez el contrabandista? ¡Oh, no! Ha huído, llevándose el dinero de todos los que trataban con él.

—Sospechaba que era un pillo.

—Pues podéis tener la certeza de que lo es. Ha liquidado cuanto tenía y se ha ido á disfrutar en América el fruto de sus infamias.

—¿No llevaba consigo una persona?

—¿Os referís quizá á una tal Pepa, su querida?

—Sí. ¿Estuvo aquí solo con ella?

—La última vez sí; había dejado á su hija en otra parte.

—¿En el convento?

—No, señor.

—He oído decir que había sido educada aquí en un convento de monjas.

—Es cierto: ha estado en él dos años, según creo; pero según dicen, hizo una locura escapándose cierta noche con un joven oficial. ¡Pobrecilla! ¡Era tan bonita y estaba tan perseguida! El padre, al saber esto, vino á buscarla diciendo que quería meterla en otro convento. Partieron para Francia, y volvieron al poco tiempo en dirección á Madrid, donde dicen que la ocurrió otra aventura. Unos dicen que se escapó con un inglés, otros que su padre se la vendió á un ruso en una crecida cantidad, y yo le creo muy capaz..... pero si tenéis interés en encontrar á ese hombre, informaos en Madrid. Tal vez allí encontraréis algún indicio. Nadie aquí podrá deciros más que yo. Sin embargo, si queréis almorzar, haré que vengan varias personas de la localidad que le conocen.

Pedí un almuerzo é invité á almorzar conmigo

al dueño de la fonda, á fin de hacerle hablar aun más. Lo conseguí, porque á poco se hizo comunicativo y me puso en relación con algunos parroquianos suyos. Entonces supe las cosas más vergonzosas y más inmundas, cometidas por mi deudor. Temblaba oír pronunciar el nombre de mi padre entre los de sus amigos; pero felizmente no fué así. Me guardé muy bien de preguntar por Manuela, de quien me dijeron más que quería saber. Según los unos, era una muchacha sin experiencia, interesante y digna de compasión; y según los otros, era una ambiciosa coqueta que había enviado á paseo al joven oficial porque era pobre, para aceptar de la mano paterna, no un esposo más rico, sino una intriga más lucrativa.

Pasé el resto del día tomando todos los informes que pude. Al siguiente me dirigí á Madrid, donde recogí datos que concordaban con los de Pamplona. Creían que Pérez había partido para la América del Sur, donde había hecho ya trata de negros. En cuanto á su hija (que á mi pesar parecía que en todas partes tenían empeño en recordármela), convenían cuantos me hablaban en que era una perla de belleza, y la compadecían por tener semejante padre. No sabían lo que había sido de ella, y se hacían varias versiones, pero

ninguna dejaba duda de que la joven había seguido mal camino.

Volví á Panticosa, donde pasé algunas horas. Para no tener que reprocharme que no había hecho todo cuanto estaba de mi parte, quise hacer más investigaciones; pero pronto ví que había caído en un nido de contrabandistas que tenían responder y que desconfiaban de mí.

Si tenían quejas de Pérez, estaban demasiado mezclados en sus empresas para hacerle traición. Esquivaban las preguntas que respecto á él les hacía, y se obstinaban en hablarme de la gentil Manuela, hermosa, dulce y buena, que hacía tanto bien y tenía buenas palabras para todo el mundo cuando habitaba el país, antes de ir al convento de Pamplona. Después no la habían vuelto á ver, y decían que debía estar casada con algún grande de España.

Volví á pie por la montaña y pasé á San Juan de Luz para cobrar el alquiler de nuestro parador de Bergouz. Allí respiré: ya no temía oír hablar de mi pobre padre: allí era tenido en muy buena opinión. Ví que su muerte había sido tan sentida por muchas gentes honradas, que me convencí de que había procedido siempre legalmente en negocios ilegales, y no me equivoqué, pues el tiempo

me ha dado después numerosas pruebas de esto. Era el tipo de esa inconsecuencia que conduce á ciertos hombres muy prudentes y muy listos á ser engañados fácilmente por los pillos y á encontrarse comprometidos en negocios dudosos.

Me consolé al pensar que si mi padre había debido algunas ganancias á su asociación con el innoble Pérez, nosotros no recogeríamos el beneficio, pues lo que éste le debía no había de poder ser cobrado. Lo que nos quedaba debía ser considerado como legítimamente adquirido por un trabajo en el cual habíamos tomado parte, pues el parador del pico Bergouz prosperaba y nos daba tres mil francos al año. El que nos le tenía alquilado iba aumentando su clientela, y según la aristocracia iba acostumbrándose á ir á las aguas de los Pirineos, así iban pagando más caro, sin hacer excepción de la casa Bielsa.

Pasé allí un día de dulces recuerdos: en todo se me representaba mi padre y los vehementes y entrañables movimientos de efusión que había tenido conmigo. Durante su rápida y terrible enfermedad se había hecho sombrío y taciturno. Había muerto sin dar ninguna explicación, ignorando ó pareciendo querer ignorar nuestro porvenir, dejando la vida como un hombre avergon-

zado de haber perdido su causa y faltado á sus deberes. No apercibí en él ningún escrúpulo de conciencia. Miraba la ley como pudiera hacerlo un salvaje que desprecia las instituciones humanas y que en su guarida se vuelve dulce, hospitalario y sociable.

Pensando en él conocí más que nunca cuánto debíamos á nuestra madre, que había luchado siempre para no entregarle la educación de sus hijos. ¿Dónde me hubiese llevado, si hubiese hecho de mí un asociado de Pérez ó el marido de su hija?

Me esforcé en pensar sin emoción en aquella mujer que, sin saberlo, había tenido un papel tan importante en mi vida. Me felicité de no haberla visto en mi primera excursión á Panticosa; y sin embargo, ¿quién sabe si mi amor hubiese hecho de ella una mujer honrada?

Casi todos los que me habían hablado de ella la compadecían, y los que la habían conocido y tratado, habían quedado prendados de su gracia y de su hermosura. Traté de recordarla. Había hecho en mí la impresión que produciría la aparición de un ángel. ¿Había en ella cierta seducción particular, ó era mi imaginación la que la representaba así?

## IV.

Volví á Pau, donde informé á mi madre del inútil resultado de mi viaje. Entonces me dijo ésta que se contentaba con vivir de la renta de lo que habíamos realizado, impidiendo con su perseverancia y su economía perjudicarnos en lo más mínimo.

—No hables de mí ni te inquietes—respondí; —no te seré gravoso más que el tiempo necesario para terminar mis estudios, que emprenderé con más afán que nunca.

Traté de ganar con grandes esfuerzos el tiempo que había consagrado á nuestros asuntos de familia, y volví á Montpellier, encontrando á mi querido Vianne siempre estudioso y formal, hablando de mi hermana como de su ideal más puro, pero sin dejar sus estudios ni perder la cabeza, como me había sucedido á mí en el primer año de mi amor por Manuela. Sin revelar le lo que concernía á mi padre, le conté esta aventura. Extrañó encontrarme tan romántico con mi cuerpo de atleta y mi rostro que rebosaba salud.

—Noto una cosa—me dijo— y es que, según el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO